

NADA MÁS — QUE LA — VERDAD

Cómo defender el evangelio
en un mundo escéptico



JOHN F. MACARTHUR



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Nothing but the Truth* © 1999 por John F. MacArthur y publicado por Crossway Books, una división de Good News Publishers, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Nada más que la verdad* © 2013 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1582-1 (rústica)

ISBN 978-0-8254-0346-0 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8520-6 (epub)

1 2 3 4 5 / 17 16 15 14 13

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones,
y estad siempre preparados para presentar defensa con
mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande
razón de la esperanza que hay en vosotros.*

1 PEDRO 3:15

CONTENIDO

Introducción	7
PRIMERA PARTE: LA ACTITUD PARA EVANGELIZAR	
1. El deber del cristiano en un mundo hostil	15
2. Nuestro testimonio como sal y luz	25
3. Orar por los perdidos	35
SEGUNDA PARTE: LO QUE PROCLAMAMOS Y DEFENDEMOS	
4. ¿Quién es Dios?	51
5. La fiabilidad de las Escrituras	67
6. Profecías asombrosas	81
7. La realidad del pecado	93
8. El nacimiento virginal y la deidad de Jesucristo	105
9. La muerte y la resurrección de Jesucristo	119
TERCERA PARTE: LLÉVELO A LAS CALLES	
10. La Gran Comisión	139
11. Cómo testificar	155
Apéndice: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy?”	175
Guía de estudio	181

INTRODUCCIÓN

Ser testigo del evangelio en nuestro tiempo es cada vez más difícil. Mientras el mundo avanza hacia un nuevo milenio, el cristianismo evangélico se encuentra en una encrucijada, especialmente en Estados Unidos. Después de recibir la influencia de un fuerte cristianismo bíblico durante 150 años, el país ha decaído rápidamente, en particular durante la última mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI. El ateísmo práctico y el relativismo moral dominan a la sociedad desde hace unas décadas. Gran parte de los pocos vestigios del cristianismo que aún se reflejan en nuestra cultura son débiles y comprometedores. Aunque muchos sectores de la cultura todavía usan alguna clase de máscara religiosa, en buena parte es pagana.

El avivamiento espiritual de la década de 1970, que se extendió a numerosas escuelas y universidades, pareció prometer un nuevo día de bendición durante un breve período. Se celebraron bautismos masivos en ríos, en lagos y en el mar. Se publicaron varias versiones de la Biblia en inglés. Aumentaron las publicaciones y la radiodifusión cristianas de forma sorprendente. Ciertamente, soplaba el viento innegable del Espíritu.

Sin embargo, ese avivamiento evangélico se desaceleró muy pronto, ya que lo eclipsaron la avaricia y el libertinaje de las décadas de 1980 y 1990. Gran parte de la sociedad (desde líderes del gobierno y celebridades, hasta las personas comunes) fue abiertamente despectiva hacia las normas bíblicas de moral y del cristianismo en general. Como resultado, Estados Unidos no solo asumió una postura que no era cristiana, sino una postura y un programa anticristianos. Con frecuencia, el Estado limitó la libertad religiosa al instituir prácticas políticas claramente anticristianas.

Como resultado, los evangélicos se ofendieron por esa tendencia

secular. Estaban horrorizados al ver cómo los principios bíblicos de la ética pudieran ser rechazadas de forma tan descarada, mientras que la vulgaridad, la obscenidad y la blasfemia no solo eran toleradas, sino admiradas. Por esta razón, muchos líderes cristianos bienintencionados fundaron organizaciones para contrarrestar los ataques anticristianos y le declararon la guerra a la cultura secular dominante, en especial a los medios de comunicación liberales. Básicamente, la guerra contra la cultura fue un esfuerzo por moralizar a los no creyentes. Sin embargo, el resultado de ese enfoque fue el surgimiento de la hostilidad por parte de los cristianos hacia los incrédulos, a quienes Dios los había llamado a amar y a alcanzar con el evangelio.

A comienzos de 1999, hubo una gran batalla en la guerra cultural. Las audiencias del juicio político contra Bill Clinton, dirigidas por las instancias más altas del país, fueron en realidad un referéndum sobre la guerra cultural. Sin embargo, lo que empezó como indignación contra la inmoralidad, el engaño y el abuso de poder, terminó de repente, sin ningún tipo de castigo ni de censura.

Incluso puedo sugerir que la guerra cultural, al menos como la conocemos, terminó. El proceso del juicio político dio una prueba clara de la posición de la cultura: hemos descubierto que se niega a seguir la moral bíblica. La guerra cultural terminó y perdimos. Fue un final inevitable porque este mundo está bajo el dominio de las tinieblas, ya sea que lo representen como moral o inmoral. Nuestra responsabilidad nunca ha sido moralizar a los incrédulos, sino convertir a los inmorales. Nuestra misión no es política, sino redentora. No podemos reformar al reino de las tinieblas que Satanás gobierna.

La causa de Cristo no puede protegerse ni extenderse por intimidación social, por decretos gubernamentales ni por conquista militar. Nuestra guerra es espiritual, contra ideologías y creencias humanas que se levantan contra Dios, las cuales solo pueden conquistarse con éxito mediante su Palabra (ver 2 Co. 10:3-5). Solo podemos cambiar a la sociedad si proclamamos fielmente el evangelio, el cual transforma la vida desde adentro hacia afuera.

El llamado divino y único de la Iglesia es llevar a los pecadores a la salvación por medio de Cristo. Si no lo hacemos, ningún plan tendrá consecuencias eternas, sin importar cuán beneficioso sea en el momento. Este libro explica cómo responder a ese llamado divino.

En el siglo I d.C., los cristianos se enfrentaron a una cultura mucho más hostil que la nuestra. Vivían en un mundo de tiranos asesinos, de desigualdad e injusticia brutales, de tolerancia sexual y perversión. El apóstol Pedro sabía cuán difícil era para los cristianos hacerle frente a la cultura, en especial para los nuevos creyentes, los cuales eran perseguidos por su fe. Por esta razón, los describió como “extranjeros y peregrinos” (1 P. 2:11). Eran como forasteros que vivían sin hogar ni ciudadanía permanente. Esa también debe ser nuestra posición para interactuar con la cultura, la cual será cada vez más hostil a nuestra fe.

Para animar a todos los creyentes que vivían en esas circunstancias, Pedro escribió: “Manteniendo vuestra manera de vivir entre los gentiles [quienes no son salvos]; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 P. 2:12), para que “haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos” (v. 15). Hacemos callar a nuestros enemigos cuando refutamos sus acusaciones y hacemos lo correcto al vivir de forma santa. Estas son nuestras herramientas más eficaces para evangelizar. La conducta inmoral aviva las llamas de la crítica, pero una vida cristiana sincera las apaga.

Pedro también animó a los creyentes a estar siempre “preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15). Cuando la sociedad ataca, debemos estar listos para “presentar defensa”.

El término griego traducido “defensa” se refiere con frecuencia a una declaración formal ante un tribunal de justicia. Sin embargo, el apóstol Pablo lo utiliza en el sentido informal de ser capaz de responderle a cualquiera que pregunte (Fil. 1:16-17), no solo a un juez,

a un magistrado o a un gobernador. Además, el adverbio “siempre” de 1 Pedro 3:15 indica que un creyente debe estar preparado para responder en cualquier situación, no solo en el ámbito jurídico.

Por eso, Pedro usa la palabra “defensa” a nivel general. Ya sea en un escenario oficial o ante cualquiera que pregunte, debemos estar preparados para dar una respuesta acerca de “la esperanza que hay en [nosotros]”, la cual se refiere a la fe cristiana. Se espera, pues, que seamos capaces de dar una explicación razonable sobre nuestra salvación y fe cristianas.

Debemos explicar nuestra fe “con mansedumbre y reverencia”, y mantener una actitud compasiva y misericordiosa en nuestra conversación. “Mansedumbre” habla de docilidad o humildad, de controlarse. “Reverencia” se refiere a esa clase de temor que implica una devoción sana a Dios, un aprecio sano por la verdad y un respeto saludable por la persona con la que estamos hablando.

Cuando un testigo sube al estrado en un tribunal estadounidense, se le pide que diga “la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”. Del mismo modo, los creyentes que vivimos en esta cultura malvada debemos dar testimonio de la verdad de Dios. Mi objetivo con este libro es mostrarle cómo hacerlo, cómo defender nuestro precioso evangelio en medio de esta era de incredulidad.

La primera parte trata la actitud y la preparación que necesitamos antes de comunicar nuestra fe. Usted aprenderá cómo vivir de forma eficaz en este mundo hostil, cómo ser sal y luz, y cómo orar por los perdidos.

La segunda parte se centra en los temas fundamentales para nuestra proclamación y defensa de la fe. He incluido capítulos sobre Dios, las Escrituras, el pecado, y la deidad, muerte y resurrección de Cristo. Estos son elementos esenciales de nuestra fe que necesitamos conocer y tener por seguros a fin de testificar eficazmente a los perdidos.

En la última sección, usted aprenderá cómo llevar a la calle, por así decirlo, lo que hemos estudiado. Revisaremos nuestra prioridad de ser obedientes al mandamiento de Cristo de ir y hacer discípulos. También, veremos de forma práctica la mejor manera

de ser eficaces cuando damos testimonio de Cristo. Finalmente, le proporcionaré un ejemplo acerca de cómo presentar el evangelio, que podrá utilizar en sus esfuerzos por evangelizar.

Vivimos en una época sin precedentes. El regreso de Cristo está más cerca que nunca. Que el Señor le permita convertirse en un campeón de su verdad, toda su verdad y nada más que su verdad en medio de este mundo incrédulo.

PRIMERA PARTE

LA
ACTITUD
PARA
EVANGELIZAR

EL DEBER DEL CRISTIANO EN UN MUNDO HOSTIL

Mientras el mundo de hoy hace la transición para vivir en el siglo XXI, muchas personas aún tienen el lema: “Cuanto más cambian las cosas, más siguen igual”. Aunque este dicho tiene algo de verdad, necesitamos entender que muchas cosas están cambiando más rápido de lo que pensamos y que el pecado humano es más grave que nunca (2 Ti. 3:13). En nuestra cultura, vemos la espiral descendente que se describe en Romanos 1:18-32 y hemos tocado fondo, hasta llegar a la “mente reprobada”. Sin embargo, la Gran Comisión (Mt. 28:18-20) y la verdad de las palabras de nuestro Señor no cambian: “La mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mt. 9:37-38).

No obstante, el enfoque de la Iglesia sobre los mandamientos de Cristo para evangelizar se ha vuelto más y más borroso, y muchos creyentes no han sido fieles en testificar a este mundo hostil. Por el contrario, muchos reflejan cada vez más las actitudes de algunas de las iglesias de Asia Menor, como la de Éfeso, a la que Cristo le dijo: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor” (Ap. 2:4). También reprendió con severidad a la iglesia de Laodicea: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap. 3:15-16). La sociedad se vuelve más hostil y pecaminosa, a medida que cambia con rapidez, y la Iglesia se vuelve más débil y más *parecida* al mundo, en vez de ser *distinta*. Bien podríamos adoptar este lema revisado: “Cuanto más cambian las cosas en el mundo, más intensa y urgentemente necesitamos proclamar a los no salvos las verdades inmutables del evangelio”.

LA GRAN NECESIDAD DE LA IGLESIA

Entonces, ¿qué necesita la Iglesia y todos los que profesan ser miembros de esta para ser fieles al mandamiento de Dios de evangelizar? Se necesita un avivamiento espiritual y una renovación en la que los creyentes individuales —capacitados, motivados, y con el poder renovado del Espíritu Santo— centren su atención en la gloria y majestad de Dios y, por amor a Él, se deleiten en cumplir con entusiasmo sus deberes espirituales, y sigan a conciencia el plan divino para la Iglesia. Esto implica cambiar las tendencias que han convertido a la iglesia evangélica en una institución popularizada que elimina todo lo que ofende de su mensaje. Eso significa ministrar, no basándose en el pragmatismo, en la psicología o, simplemente, en cualquier cosa que haga sentir bien al oyente, sino en principios bíblicos. Significa también oponerse a la tendencia de ser un ministerio que busca estimular las emociones al emplear todas las estrategias de mercadotecnia seculares más útiles para tratar de suplir las “necesidades sentidas” de la cultura actual, y, en consecuencia, afirma la cultura.

La iglesia contemporánea se siente satisfecha de tener un enfoque que le permite resolver problemas de la manera más fácil y que les permite a las personas estar cómodas, sin desafiarlas seriamente a vivir con rectitud. Tal ambiente favorece la idea de que “crear es sencillo” (ser cristiano es “fácil” porque la persona solo necesita aceptar en la mente quién era Jesús y qué hizo, y no necesariamente debe preocuparse por arrepentirse de su pecado ni por obedecer). Por lo tanto, muchos hombres y mujeres que se consideran cristianos evangélicos no son creyentes de verdad. Saben muy poco o nada sobre la adoración que honra a Dios, las aspiraciones santas, la obediencia bíblica o la predicación expositiva con esmero, y tienen pocas expectativas sobre la esperanza futura del cristiano: el regreso de Jesucristo. Están ausentes la fe centrada en Jesucristo y la vida centrada en Dios, las cuales nos permiten soportar las dificultades y hacerle oposición a un mundo hostil, para anunciarle el evangelio con eficacia.

EL INCENTIVO DEL CREYENTE

Una de las formas en las que la Iglesia puede recuperar el celo por la evangelización es aceptando un enfoque serio en cuanto a la verdad del regreso de Cristo, que fomente la esperanza de que en cualquier momento seremos “arrebataados... en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17). A lo largo de la historia, los grandes líderes de la Iglesia han tenido un profundo sentido de reverencia y esperanza al pensar en la segunda venida de Jesucristo. John Newton, autor de *Sublime gracia*, escribió lo siguiente en las dos primeras estrofas de un himno escrito en 1774:

*¡Día del juicio! ¡Día de asombro!
Escuchen el sonido terrible de la trompeta,
Más fuerte que un millar de truenos,
Hace temblar a toda la creación.
¡Cuánta confusión traerá el llamado al corazón
del pecador!*

*Vean al Juez vestido de nuestra naturaleza,
Ataviado con majestad divina;
Ustedes, que anhelan su venida,
Entonces, dirán: ¡Este es mi Dios!
Salvador misericordioso, sé mi dueño en aquel día.*

El apóstol Pedro, en su primera carta a los creyentes de Asia Menor que estaban luchando por vivir para Cristo en medio de gran persecución, les recuerda a ellos y nosotros que el fin de los tiempos y el regreso glorioso de Cristo eran inminentes. A continuación Pedro utiliza el incentivo de esa doble verdad para exhortar a los creyentes a vivir de forma fiel, sin importar cuán difíciles fueran las circunstancias: “Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración. Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1 P. 4:7-8).

Los últimos tiempos ya están aquí

Los miembros de la iglesia primitiva, tales como los lectores de Pedro, que en el siglo I d.C. estaban esparcidos por todo el mundo mediterráneo, empezaron a comprender que los últimos días se iniciaron cuando el Mesías vino por primera vez. Además de la afirmación de Pedro, otros escritos del Nuevo Testamento inspirados por el Espíritu hablan con claridad al respecto. El apóstol Pablo lo declaró cuando le advirtió a Timoteo a través de una descripción detallada de los apóstatas que comenzaban a amenazar a la iglesia: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Ti. 3:1-5; cp. 1 Ti. 4:1). El apóstol Juan les dijo a sus lectores: “Hijos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo” (1 Jn. 2:18).

Los cristianos judíos más perspicaces de la iglesia primitiva también supieron que los últimos días empezaron con la primera venida de Cristo, porque su venida marcó el cumplimiento del pacto con Abraham y la ratificación del nuevo pacto, la clave para el plan redentor de Dios. La muerte del Señor, que ratificó el nuevo pacto, significó necesariamente el fin del sistema sacrificial judío. El sistema del Antiguo Testamento de sacerdotes, rituales, sacrificios y ofrendas se eliminó cuando el Señor Jesús ofreció el sacrificio total y definitivo por el pecado, y todos los creyentes se convirtieron en sacerdotes con acceso directo a Dios. Ese privilegio quedó simbolizado cuando el velo del templo, que separaba el lugar santo del lugar santísimo, se rasgó en dos desde arriba hasta abajo de forma milagrosa (Mt. 27:51; He. 10:14-22; cp. Mt. 24:2; He. 9:26-28).

La inminencia de la segunda venida

Cuando Pedro escribió que “el fin” (gr. *telos*) estaba cerca (1 P. 4:7), no solo se refería al cese o a la terminación cronológica. En realidad, la palabra significa “consumación”, un objetivo cumplido o alcanzado. En este contexto, el apóstol habla del regreso de Jesucristo, cuando se consumarán “todas las cosas”. Al comienzo de la epístola, el apóstol se refiere a este gran suceso cuando asegura a los cristianos que ellos serán protegidos por el poder de Dios “para la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1:5), “cuando sea manifestado Jesucristo” (v. 7).

Pedro identifica el clímax de la historia con la expresión “se acerca” (1 P. 4:7). El tiempo del verbo en griego denota un proceso terminado, con una cercanía resultante. En este caso, significa que el regreso de Cristo es inminente, lo cual implica que los creyentes deben vivir y servir con expectativa porque la segunda venida del Señor puede suceder en cualquier momento. Tal actitud es señal de fidelidad, como subrayan varios pasajes del Nuevo Testamento.

El anhelo por el regreso de Cristo fue parte del buen informe que Pablo recibió sobre la iglesia en Tesalónica: “Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesucristo, quien nos libra de la ira venidera” (1 Ts. 1:9-10).

Santiago animó a los creyentes a perseverar a la luz de la certeza de que Cristo volvería antes de lo que pensaban: “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (Stg. 5:7-8). De nuevo, la expresión “se acerca” nos recuerda que la venida de Jesús por su Iglesia es algo que deben esperar todos los creyentes de todos los tiempos. Nuestros corazones y nuestras mentes deben centrarse en esa verdad mientras le servimos a diario. El hecho de que Él no regresó

durante el tiempo de Santiago no invalida la exhortación del apóstol para los primeros cristianos ni para nosotros.

Dios, en su soberana sabiduría, decidió no revelarnos cuándo será la segunda venida. Jesús ni siquiera supo durante su encarnación cuál sería la hora establecida de su regreso: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (Mt. 24:36). Justo antes de su ascensión, les recordó a los discípulos que no era la voluntad de Dios que supieran cuándo iba a volver a instaurar su reino: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hch. 1:7).

Es mejor que no sepamos el tiempo exacto del regreso de Jesús. De lo contrario, nuestra motivación podría estar en peligro. Podríamos caer en la complacencia sabiendo que pueden pasar siglos antes de su regreso, o podríamos llenarnos de pánico si sabemos que va a regresar mañana. Sin embargo, vivir con un sentido bíblico de la inminencia elimina los extremos, y nos permite vivir y servir con una actitud expectante.

¿Cómo debería afectar a nuestras vidas el regreso inminente de Cristo?

La verdad de la venida inminente de nuestro Señor debería motivarnos a ser perseguidores devotos y atentos de la rectitud. Tal deseo de agradarle es la marca de cada creyente genuino. Un incentivo importante para obedecerle es comprender que un día nos presentaremos ante su trono de juicio y rendiremos cuentas de nuestras acciones: “Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:9-10). Dios no juzgará nuestros pecados en ese momento, porque ya lo hizo en la cruz. Sin embargo, Cristo evaluará la eficacia, la dedicación, la devoción y la utilidad de nuestro servicio a Él (incluso, en el evangelismo). Por lo tanto, deberíamos desear encontrarnos con Él con una seguridad llena de gozo (1 Jn. 2:28) sabiendo que, a los que esperamos su segunda

venida, nos aguarda la recompensa divina (2 Ti. 4:8; cp. Fil. 3:14; 1 Jn. 3:2-3).

Un segundo incentivo es que el mismo Señor advirtió a sus seguidores que debían estar listos. No sabemos cuándo será el momento de su aparición, por lo tanto, es prudente escuchar su advertencia: “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mt. 24:42-44).

Sin embargo, Jesús compensó esta seria advertencia con la promesa de que Él servirá a aquellos discípulos que estuvieron atentos y preparados para su regreso: “Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles” (Lc. 12:37). Eso debería ser un incentivo suficiente para vivir con rectitud y hablar a otros sobre Él.

LAS DIMENSIONES FUNDAMENTALES DE LA VIDA CRISTIANA

Aunque la esperanza del pronto regreso de Jesucristo es imprescindible, no puede ser nuestra *única* motivación para dar testimonio de nuestra fe. También necesitamos ejercitarnos a diario en las disciplinas espirituales que forjan en nosotros la fuerza, el valor, la audacia y la madurez espiritual, la cual hace que el evangelio sea creíble. La oración y la asimilación de las Escrituras (mediante la lectura, el estudio, la meditación y la memorización) nos permiten obedecer los revelados en la Palabra de Dios. Solo entonces podremos demostrar el poder de Cristo en nuestras vidas y estaremos listos para poner en práctica la verdad en cualquier situación en la que tengamos oportunidad de testificar.

Con miras a un testimonio eficaz, el apóstol Pedro quería que los creyentes comprendieran algunas dimensiones específicas del carácter cristiano que ayudan a lograr a diario la excelencia en las

disciplinas espirituales. Por esta razón, dijo: “Sed, pues, sobrios, y velad en oración” (1 P. 4:7).

“Sed sobrios” es la traducción de dos palabras griegas que significan “tener cuidado” y “mente”. Los creyentes deben guardar sus mentes, y mantenerlas limpias y fijas en las prioridades espirituales. Por eso Pablo dijo: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2).

Puesto que actuamos según nuestra forma de pensar (Pr. 23:7), es fundamental que protejamos nuestras mentes, y que nos enfoquemos en Dios y en lo que le agrada a Él. De lo contrario, es fácil perder el rumbo y rendirse ante las diversas influencias inmoderadas, engañosas y demoníacas del mundo. Varios versículos bien conocidos del Nuevo Testamento nos dicen cómo podemos evitar caer en esa trampa, proteger nuestras mentes y agradecerle al Señor (Fil. 4:8; Col. 3:16; Tit. 2:11-12).

Someter nuestra mente y nuestros pensamientos al control de Cristo (2 Co. 10:5), y de su Palabra (Jos. 1:8) los mantiene a salvo y nos permite ver las cosas desde el punto de vista de Dios. Así es cómo el Espíritu nos da discernimiento santificado y nos protege de aceptar modas y errores doctrinales, o de ser indiferentes, de forma necia, a la verdad.

Sin embargo, Pedro insiste en que necesitamos algo más que buen criterio: necesitamos “ser sobrios”. Eso significa que debemos estar alerta y tomarnos los asuntos espirituales en serio. Jesús usó el mismo término para instar a sus seguidores a “velar” (Mt. 24:42) y a “velar y orar” (26:41).

La combinación de un pensamiento piadoso con un estado de alerta espiritual es fundamental para la vida de cualquier creyente que “vela en oración” (1 P. 4:7). No podemos tener una vida de oración plena y eficaz si nuestro pensamiento es desordenado, confuso, egocéntrico o si está preocupado por asuntos temporales, en lugar de interesarse por la verdad de Dios y sus propósitos. Solo tendremos una comunión más profunda y satisfactoria con Él cuando pensemos bíblicamente.

Una comunión continua con Dios conformada por actitudes

cristianas (formadas mediante una manera de pensar piadosa) es el fundamento del ministerio fructífero de un cristiano. Cuando somos diligentes en digerir la Palabra de Dios por medio de la lectura, la meditación y el estudio diarios, las respuestas piadosas ante cada reto de nuestras vidas se convertirán en un hábito. Si las tres dimensiones (la sobriedad, el estado de alerta espiritual y la comunión en la oración) están presentes y obran en nuestras vidas, tendremos una sensación poderosa de la presencia de Dios, y manifestaremos el poder espiritual que influirá en otros para que se acerquen a Cristo y dará integridad a nuestro testimonio.

EL EFECTO DEL AMOR VERDADERO

Una relación correcta con Dios, como la que acabamos de describir, debería producir un amor sincero por los demás. El apóstol Pedro llega a esa conclusión al escribir: “Ante todo, tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubre multitud de pecados” (1 P. 4:8). Aquí, la palabra “amor” se refiere sobre todo a las relaciones entre creyentes, pero también tiene una relación importante con la evangelización. Jesús enseñó a sus discípulos: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35). El amor es el fundamento del testimonio del cristiano ante el mundo.

Pablo dio mandamientos similares: “Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (Col. 3:14); “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil. 2:2).

Pedro llama “ferviente” al amor que describe, el cual indica el mismo tipo de esfuerzo máximo que hace un corredor para ganar una carrera. Tal amor intenso es sacrificial, no sentimental. Significa que los creyentes deben estar preparados para amar a quienes son difíciles de amar, aun cuando a veces les cueste y les parezca irracional. Implica estirar todos nuestros músculos espirituales, aunque nos respondan con insultos, heridas y desacuerdos.

La segunda mitad de 1 Pedro 4:8 explica con claridad la razón

por la que debemos amarnos unos a otros: “porque el amor cubre multitud de pecados”. Eso indica una verdad evidente sobre el amor: debido a su naturaleza, tiende a perdonar cualquier pecado (cp. Pr. 10:12; Ef. 2:4). Necesitamos este recordatorio porque, como miembros del cuerpo de Cristo, todavía pecamos unos contra otros, lo cual provoca conflicto y división, y perjudica nuestro testimonio ante el mundo. El amor es lo único que puede mantener o restablecer la unidad de los cristianos, porque el amor perdona.

En el Nuevo Testamento, “amor” indica voluntad en la esfera espiritual y redentora. Dios eligió amarnos cuando nos salvó (Jn. 3:16, 1 Jn. 4:19): “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Por lo tanto, espera que sus amados sigan su ejemplo y muestren amor por Él y por otros (no solo por los hermanos creyentes, sino también por quienes tratan de alcanzar con el evangelio).

De esta manera, la primera fase para desarrollar una actitud apropiada para el evangelismo es entender y cumplir nuestras responsabilidades como cristianos en medio de una sociedad hostil, lo cual implica comprender que ya estamos en los últimos días, y que nuestro Señor y Salvador puede regresar en cualquier momento. Con este incentivo, los creyentes debemos ser responsables (y hacer que otros creyentes también lo sean) de vivir una vida santa de la que fluya un evangelismo que honre a Dios y que se dirija a los perdidos. De nuevo, el apóstol Pedro resume en su segunda carta cuál es nuestra tarea desde ahora y hasta que Cristo regrese: “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz... creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:14, 18).